

Luis de la Paz

DEL LADO DE LA MEMORIA



De la presente edición, 2018

- © Luis de la Paz
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Dirección de la colección Mariel: Juan Abreu
Edición: Ladislao Aguado
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler
Imagen de cubierta: Steve Johnson
Corrección y maquetación: Editorial Hypermedia

ISBN: 978-1-948517-19-5

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

A PROPÓSITO DE LA COLECCIÓN «MARIEL»

Hay una Cuba de antes de 1980 y una Cuba que comenzó a nacer a partir de 1980. En esa Cuba de antes de 1980, los que huían de la isla, se consideraban exiliados. En la Cuba posterior, sobre todo a partir de la década de los 90, eso fue cambiando y surgió la figura del emigrante del castrismo cubano. Algo que a mí siempre me ha parecido insólito, de una dictadura se huye no se emigra.

Los libros que he agrupado en esta colección, pertenecen, literariamente hablando, a esa Cuba anterior a 1980: sólo pueden haber sido escritos por exiliados de la dictadura cubana. No quiero decir que sean mejores ni peores, sólo señalo que pertenecen a una época y a una Cuba que ya no existe, o de la que ya queda muy poco, y que comparten cierta mirada sobre los tiempos que a los autores les tocó vivir, amén de una saludable furia.

Algunos de los escritores que agrupo en esta colección, que se publica gracias a la iniciativa y al interés de Editorial Hypermedia, salieron de la isla durante el Éxodo del Mariel, otros lo hicieron un poco antes o algo después del gran éxodo marítimo. Pero todos pertenecen a esa Cuba que producía exiliados políticos, fugitivos, y no emigrantes. A mi entender, estas obras se alimentan, enriquecen e iluminan unas a otras, y ayudan a definir y a comprender el tiempo que a sus autores les tocó padecer. Por eso las he reunido aquí.

Juan Abreu

CUENTOS DE LAS TIERRAS DEL NORTE

LLEGÓ DANIEL

Fue un toque tan suave que ni el perro lo escuchó. Luego el golpe de los nudillos sobre la madera se hizo más audible, suficiente para que el animal parara las orejas, tensara la cola a todo lo largo y mirara con actitud vigilante hacia la entrada, pero todavía sin ladrar. Como al tercero o cuarto intento reaccionó. Daniel fue hacia la puerta.

Al abrir, un hombre joven, con camisa azul de mangas cortas y corbata de rayas transversales, se encontraba cauteloso y atento unos pasos atrás, casi en el jardín. Un Testigo de Jehová, se dijo Daniel, pero le pareció una visita inusual, tempranera, pues no era domingo, ni la hora acostumbrada, aunque por la cuaresma y la proximidad de Semana Santa, podía concebirse este tipo de visita intempestiva. Pero el muchacho estaba solo y sin otra cosa en la mano que un pequeño papel que nerviosamente tecleaba con los dedos.

El contacto inicial se puede decir que fue prolongado. No dio las buenas tardes, ni articuló palabra alguna. Extraña actitud en quien llega y llama a la puerta de una casa, pensó Daniel que por un momento se puso a la de-

fensiva, cubriendo con rapidez los lados, por si alguien más estuviera en los alrededores, pero lo hizo por rutina, por instinto, ya que la vestimenta y el proceder no despertaban sospecha. El recién llegado miraba con cierto retraimiento marcando una pausa larga. En ningún momento le sostuvo la vista. Tampoco le sonrió. Todo fue muy plano, sin registros de ninguna clase.

—¿Es usted el señor Daniel del Valle? —preguntó ocultando un rostro tímido y peinándose con la mano, con un movimiento rápido de derecha a izquierda, cubriendo la superficie de su pelo y desapareciendo detrás de la nuca.

Resultaba raro que alguien de veinte y tantos años preguntara por otro que le duplicaba la edad, pensó mientras advertía el nerviosismo que intentaba controlar el visitante.

—Yo me llamo Daniel y vengo a verlo de parte de Aurora —dijo todavía sin alzar la cabeza.

Los escasos datos no aportaban mucha información. Aunque la costumbre es hablar parados en la puerta, con reserva y distancia, hasta que todo estuviera definido con claridad, Daniel se apresuró, invitándolo a pasar sin esperar a cumplir el protocolo de supervivencia que dictan las sociedades civilizadas, es decir, ser temeroso y prudente. El hombre entró, se sentó en el sofá aún sosteniendo el papel en la mano, donde seguramente tenía escrita la dirección, se notaba que lo aguantaba con fuerza, como si fuera su único asidero, mientras de soslayo detallaba la sala decorada con artesanías precolombinas.

—Bueno Tocayo, a qué se debe tu visita. Me dices que Aurora te dio mis señas, pero la única persona con ese nombre que yo conozco vive hace muchos años en París.

El rostro del joven sufrió una agitación involuntaria, como dudando por un momento, manifestando cierto desajuste en su accionar. No hubo respuesta, sólo un recogimiento de hombros con características infantiles, pero que en realidad irradiaba timidez.

—Mi madre se llama Aurora, vive en San Juan y Martínez y me dijo que viniera a verlo —explicó con premura tras una prolongada pausa.

La situación tomaría a partir de ese momento otros rumbos. Aunque Daniel había andado mucho por ese poblado en Pinar del Río, en realidad no recordaba a ninguna Aurora. El tiempo transcurrido desde su última visita a San Juan sumaba más de dos décadas, unos pocos meses antes de salir de la isla durante el éxodo del Mariel en un barco que naufragó en medio del Estrecho de la Florida. Pero un nombre no lo olvidaría, porque éste casi siempre viene acompañado de un rostro y de sucesos que despiertan la memoria; de hechos capaces de transportar a un sitio específico y rodear el ambiente de gente, música, comida y sensaciones: Ricardo, Chucho, Paco, Fernando, Ñoco y otros tantos con los que había cabalgado por los montes y bañado en el río, mientras bebían Guayabita del Pinar o cerveza que intentaban enfriar dentro de sacos de abono. Recordaba las noches en que sigilosos se adentraban en las arroceras del gobierno y las cargas clandestinas de viandas, frijoles y en algún que otro momento mazos de tabaco, que con gran riesgo transportaban a La Habana. Ese era el San Juan y Martínez que desenterraba la memoria de Daniel, el que lo enlazaba también con María, Dulce, Mayuya, Elena, Cuqui y Luisa, entre otras mujeres de esos campos duros de trabajar y difíciles para vivir.

Desde luego que Daniel conocía mucho del otro Daniel, pero por alguna razón no hablaba con claridad, aunque a cada momento daba señales de sentirse más seguro de sí mismo, pero siempre contenido. Por mucha vuelta que se le diera a la situación ya Daniel intuía que su vida se complicaría a partir de este encuentro. No sabía exactamente por qué, ni en qué consistiría, pero en el ambiente había un escenario en ebullición.

—Mi mamá se llama Aurora pero le dicen Mayuya.

Daniel comenzó a reflejarse en ese rostro joven que se estiraba la corbata mientras hablaba. La frase definía el sentido expreso de la visita.

—Entonces... —dijo con dureza, aunque intentando en todo momento mantenerse relajado e inexpresivo, mientras esperaba que fuera el muchacho el que dijera lo que ya podía imaginarse.

—Ella me dijo que usted es mi papá.

Todo era posible y lo más probable sería que en realidad lo fuera. Daniel quedó enmudecido y tan abatido que no supo qué decir. La frase sembró un silencio que se mantuvo un buen rato.

—Me imagino que de la misma manera que te ha costado trabajo llegar hasta aquí, comprenderás que yo estoy también sorprendido. No sé qué decirte. Sí, yo conocí a Mayuya, pero nunca me dijo nada...

Hubo un nuevo silencio. Daniel fue al refrigerador y trajo dos cervezas. Mientras regresaba a la sala lo miró pretendiendo identificarse con él, buscando algo que físicamente le recordara a Mayuya o a sí mismo. El joven era fuerte, musculoso, alto, con un pelo negrísimo pero sin brillo, algo que a veces ocurre con la gente del campo. Un bigote pequeño le daba un aire más adulto. Se tomaron las Coronas y le preguntó directamente qué

podía hacer por él, mientras miraba el reloj, pensando que si seguían en la casa la situación se complicaría todavía más en cualquier momento.

El muchacho no se mostraba conversador, cada vez estaba más retraído. Daniel pensaba que la visita no tenía sólo la intención de hacerle saber que un hijo estaba conociendo a su padre muchos años después, cuando ya era un adulto. Daniel sentía pena, incredulidad ante lo que estaba ocurriendo. Se propuso ponerse en su lugar. Se preguntaba qué hubiera hecho en una situación semejante. Supo que haría exactamente lo mismo, indagar, encontrar a su padre. Quizás hasta hubiera exigido explicaciones, pero se notaba por la actitud que no pretendía hacerlo. Aunque no quería involucrarse mucho, sino más bien dejar que fuera el joven quien llevara las riendas del encuentro, le preguntó por su madre, si tenía más hermanos, qué edad tenía, cuándo había llegado a Estados Unidos, cómo supo dónde encontrarlo. Aspectos que servían de enlace y ofrecían una visión lo más acertadamente posible de lo que pasó en San Juan.

—Tu madre era una hermosa y agradable muchacha. Yo no sabía que había quedado embarazada de mí... Lo que tú me cuentas ahora es totalmente nuevo para... Me imagino que comprenderás que comenzar a ser padre de un hombre de tu edad no es fácil —dijo para aliviar la tensión.

Ambos rieron. Era la primera sonrisa que brotaba de unos dientes perfectos. Aunque a Daniel le molestaba la poca expresividad de su hijo, comprendía que era algo normal. El muchacho dio a entender que su madre le había dicho que Daniel nunca supo de su embarazo, algo que de alguna manera aliviaba la tensión, ya que

no habría motivo para reproches o reclamos. Daniel apenas hizo preguntas, pidió escasos detalles sobre las visitas a San Juan. Hablaron de otros personajes, unos habían muerto, otros marcharon a otros pueblos. Era una manera de distraer la atención del centro que era Mayuya, Daniel y el muchacho.

Cada vez que sonaba el teléfono Daniel iba a otra habitación, con la clara intención de que no se escuchara lo que hablara. Lo hacía de manera ostensible, quería evidenciarle eso a su repentino hijo, mandarle un mensaje para que él lo leyera con precisión.

El muchacho intentaba un primer encuentro con su padre y se notaba la inseguridad ante un hombre que veía por primera vez en su vida. Por su parte, Daniel quería darle un aire de naturalidad, a una situación que no la tenía. Era inútil una confrontación o un debate sobre el pasado, del cual él encarnaba la consecuencia, pero no el motivo. Daniel miraba frente a él a un hijo que ya era un hombre y eso lo avergonzaba por todo lo que significaba, pero tampoco tenía respuestas para lo que había pasado.

—Si quieres te llevo a tu casa. Veo que no tienes carro —dijo de alguna manera invitándolo a que se fuera.

—Tengo. Es que como no encontraba la casa parqué al doblar.

Daniel volvió a mirar el reloj, con la suficiente discreción como para que no se sintiera presionado, pero a la vez para que prudentemente anunciara su partida.

—Quieres algo en específico, puedo hacer algo... —dijo el padre de manera directa, mirándolo por primera vez fijamente a los ojos, con cierta ternura y como hasta pidiendo perdón por lo pasado. Pero Daniel no quería nada. En realidad no aspiraba a nada.

—Dime tu teléfono y dirección para mantener el contacto.

—Daniel Ramírez, 305...

Daniel dejó de escribir. No levantó la vista, pero hubo una evidente pausa en la escritura. Esperó por la explicación.

—Es que mi madre se fue con Paco, el hijo mayor de los Ramírez... Dice mi madre que él lo sabía todo desde el principio.

Daniel le extendió el papel para que él mismo escribiera la dirección y teléfono. Eso le permitiría ver su letra, que en realidad era bien redondeada y clara. Lo iba a acompañar al carro, pero no quiso. Abrió la puerta y salió sin mirar atrás y prometiendo que se mantendrían en contacto.

A los pocos minutos, desde la ventana, Daniel vio pasar el carro de su hijo. En el interior iba una mujer y en el asiento trasero una niña... pero todo fue muy rápido, perdiendo la oportunidad de precisar los detalles.

Las horas siguientes serían muy complicadas para Daniel, pero tenía que mantener la calma, reflexionar y sobre todo, no evidenciar que algo le preocupaba cuando Félix regresara del trabajo.

SOUTH BEACH

Tuvo que esperar al menos once largos cambios de luces antes de poder hacer una izquierda en el semáforo. Además del acostumbrado congestionamiento de los fines de semana, varios carros de la policía reducían aún más la fluidez del tráfico. Al principio el inusual despliegue de patrulleros sugería un accidente, sin embargo, no se veían por ningún lado los vehículos de emergencia, y ni siquiera se escuchaba el escándalo de las sirenas. En realidad no había accidente alguno, todo no era más que uno de los frecuentes operativos policíacos para hacer dinero fácil, en este caso con los choferes que no usaban el cinturón de seguridad. Finalmente logró pasar el semáforo, y de golpe todas las frustraciones acumuladas hasta ese momento por la espera se desvanecieron, cuando vio abrirse, larga, estimulante y vital, a Ocean Drive.

Aquella estrecha calle se había revitalizado de una manera sorprendente en poco tiempo, y de hecho se había transformado en el corazón de Miami Beach. Casi todos los turistas, tan pronto llegaban al aeropuer-

to de Miami, preguntaban cómo llegar allí, ansiosos por entrar en contacto con el mundo paradisíaco que les habían vendido los agentes de viaje, y deseosos de fundirse con la impresionante fauna local, que muchas veces era reconocible por estar enfundada en estrafalarias vestimentas.

Precisamente el derroche de juventud, y en muchos casos de indiscutible belleza provocadora, proporcionaba un aire nuevo a ese distrito que, escasos años atrás, se encontraba literalmente en ruinas, habitado en su mayoría por ancianos retirados, que decidían acabar su vida lejos de los fríos del norte, pero que temían sentarse después del oscurecer en los portales de los paupérrimos moteles donde vivían, por temor a los permanentes asaltos y los continuos tiroteos.

Aquella calle, aquel vecindario que evocaba el estilo artdecó, constituía el símbolo actual de la playa y en gran medida, muchos lo consideraban así, de todo el sur de la Florida.

Era, sin duda alguna, la ruidosa vida nocturna que se desenvolvía en ese sector de luces de neón, el alma de una ciudad que, en sí misma, no parecía aportar realmente mucha vitalidad. A René aquella calle de fachadas recién remodeladas y portales repletos de gentes, muchas veces lo estimulaba hasta el paroxismo, aunque en ocasiones la falsedad, el gentío, la bulla, y la mediocridad que destilaba aquel ambiente, también lo aplastaba.

Hoy, sin embargo, mientras conducía despacio por la abarrotada calle de doble vía, a la vez que miraba de reojo a los policías que no cesaban de detener carros al azar, escudriñaba las terrazas, exploraba las aceras, penetraba con la mirada los angostos pasillos pobremente iluminados, pero sugerentes. Cuando rebasó el riguro-

so cordón policiaco sintió un alivio, y se dejó atraer, ya sin temor, por el febril hormigueo que sin cesar entraba y salía de los bares. Observó divertido los restaurantes atiborrados, las tiendas donde los artículos ostentaban precios disparatados, y los hoteles adornados con impresionantes lámparas de lagrimones, pero de plástico.

Turistas europeos comían en las mesas al aire libre. Algunas mujeres locales, jóvenes, bronceadas y despampanantes, caminaban sonrientes de un extremo a otro de Ocean Drive, repitiendo el mismo recorrido una y otra vez. A René todo esto lo excitaba como nunca, no había nada que replantearse, simplemente todo lo retaba, todo lo provocaba. No podía controlar unos deseos furiosos de sentir esa noche contra su cuerpo, la piel suave, la frescura y el sexo húmedo, de una de esas muchachas que con aire juvenil pasaban por su lado.

De pronto creyó encontrar un parqueo disponible frente a un restaurante cubano, pero ya otro carro esperaba a que se desocupara. La indecisión de si el espacio lo podía usar o no, lo obligó a hacer una maniobra que lo apartó por fracciones de segundos de la carrilera por la que conducía, para luego de inmediato incorporarse a su camino y continuar buscando dónde estacionarse. El resultado de la inseguridad —que de paso le permitió descubrir recostada a un poste a una mujer no muy joven, pero con un cuerpo impactante—, fue una multa de tráfico por «violación del derecho de vía», lo que le representaba cuatro puntos a su licencia de conducir, o lo que es lo mismo: un sólido incremento del veinticinco por ciento en la póliza de seguro por los próximos tres años. Además, lo que más despreciaba, lo que más le hacía perder el control: recibir en su buzón, por las próximas dos semanas, las tentadoras ofer-

tas de abogados que aseguraban, por unos cien dólares, ganar el caso en la corte, cosa que desde luego conseguían. Finalmente, encontró un parqueo casi al final de Ocean Drive. Depositó en el parquímetro las monedas que tenía en el bolsillo, y salió caminando a toda prisa hacia el lugar donde le habían puesto la multa, en busca de la mujer que se le había quedado mirando sonriente y coqueta, al menos eso le pareció a René, mientras el policía escribía la multa. No la encontró.

Antes de entrar en un bar al aire libre para tomarse una cerveza, miró de arriba abajo a una muchacha, que al principio creyó poder conquistar sin mucho esfuerzo. Pero ella no le hizo el más mínimo caso, por el contrario, René recibió como respuesta un gesto extraño, que se negó a interpretar, porque conocía perfectamente la carga que llevaba.

Con dificultad logró abrirse espacio en la barra, en una sección muy disputada con vista a la calle, junto a una amplia fuente de la que brotaban chorros de agua, iluminada de azul pálido y que curiosamente no estaba llena de monedas. Desde allí podía tener un buen control de las gentes que caminaban por la acera. A su lado varios turistas alemanes, haciendo ostentación de sus tatuajes, bebían cerveza. Una de las mujeres que los acompañaban, a cada momento, levantaba los brazos y balanceaba lentamente la cintura, mientras le daba a las manos un movimiento circular, algo árabe, buscando infructuosamente acoplarse al compás de un ritmo caribeño, muy de latones, que evocaba las llamadas steel bands de Jamaica, o de alguna de las otras islas de habla inglesa. Mientras la mujer se movía, dejaba ver un imponente amasijo de pelos en las axilas que expelía un insoportable olor. Sin embargo, pese a los inconvenientes la alemana resultaba sexi, y lo

que hasta esa misma noche, prácticamente hasta ese mismo instante le causaba una tremenda repugnancia, ver esa pelambreira bajo el brazo de una mujer, súbitamente adquirió cierta fascinación. Se la imaginaba bailando, con las manos entrelazadas en la nuca y se veía a sí mismo intentando atrapar con los labios el vello recién humedecido por el sudor y su lengua. Una nueva y sorprendente fuente de goce, comenzó de inmediato a cobrar acelerada fuerza, y a rondar a René al que le costaba trabajo, y desde luego no lo deseaba, detener sus fantasías.

La música no cesaba. Más bien cuando se vislumbraba el final de un tema, ya de por sí largo, comenzaban a dispararse los acordes de uno nuevo. No había tregua para los músicos que sudaban a raudales, ni para ella tampoco, a la que parecía no hacerle mucho daño el calor. Y mientras observaba atento el espeso mechón de vellos de las axilas, se llevó la mano a las entrepiernas y se frotó con suavidad. No podía apartar los ojos de los senos que le saltaban firmes bajo la ancha blusa. Comenzó a llamarle la atención, como si se tratara de un elemento que contribuía a una necesaria armonía, el color rubio del cabello, que apenas comenzaba a caerle sobre los hombros. Por otro lado la piel excesivamente blanca de la mujer, sin el más mínimo asomo de celulitis, y unos ojos azules intensos, inyectados por el alcohol y la música, mantenían embelesado a René, que comenzó a acomodarse con discreción el sexo, que ya abultaba en el pantalón. A pesar de que la mujer en general tenía alguna gracia, no era para provocar una erección, pero en el inusual estado en que se encontraba —precisamente ese día, en ese instante—, cualquier cosa adquiriría una carga de hermosura que él de inmediato engrandecía y le daba sentido.

Una vez más divisó a la mujer que lo estuvo observando mientras le ponían la multa. Estaba allí en la

acera. No supo cómo llegó. De repente estaba allí, ése era el hecho concreto, de la misma forma que un rato antes había desaparecido sin dejar rastro. La reconoció por la cartera comando que le colgaba del hombro y que de adorno tenía una n minúscula, dorada, como cierre. Poco antes, mientras el policía lo tenía retenido y ella lo observaba recostada al poste, René se puso a asociar la letra n con Nancy, que trabajaba con él, luego recordó a Nidia, con la que tuvo una de sus primeras experiencias sexuales de adolescente. Más tarde, para ocultar un poco el mal humor que le provocaba el policía, se propuso seleccionar al azar nombres que comenzaran con n; pero muy pocos acudían a su mente: Nora, Nereida, Niurka, Noemí, Nayda, Norma, no muchos más. Al verla pasar frente a la barra, cerca de dos horas después del primer encuentro, la llamó a gritos por todos esos nombres, pero no había manera que lo escuchara. Ella caminaba despacio, se detenía brevemente, miraba a su alrededor y de nuevo se movía como buscando a alguien. Se adentraba entre las mesas. Los tacones altísimos la hacían más provocadora y eso ella lo sabía, lo explotaba al máximo, sacándole partido a cada una de sus pisadas. Se alejaba y René no lograba que el cantinero le acabara de cobrar las cervezas que se había tomado. Luego perdió bastante tiempo saliendo del bar, ya que tenía que desplazarse por una pasarela que bordeaba la fuente, hasta llegar a la acera. Por segunda vez se le esfumó la mujer y René no podía controlar su furia, no podía entender que hubiera desaparecido de esa manera.

De nuevo emprendió otra búsqueda febril, pero no precisamente de la mujer de la n. Había asumido una suerte de resignación, miraba hacia los lados como invitando a un encuentro a cualquiera que le corres-

pondiera. Se detuvo en una esquina bien iluminada. Se puso a observar a las parejas que pasaban abrazadas o tomadas de la mano; a otros que como él, pero más jóvenes, buscaban compañía para el resto de la noche. Un grupo de patinadores hizo su aparición, con todo el atuendo de rigor: cascos, rodilleras, coderas y manoplas, además de las inseparables mochilas a la espalda. Pasaron veloces frente a él, haciendo piruetas, enseñando sus pechos recién afeitados. Algunos se desplazaban de espaldas y chiflaban para llamar la atención. Otros, como su meta era lograr el interés de los transeúntes, se tomaban de la cintura hasta conformar una cadena de varios patinadores que a gritos y silbidos clamaban por la mirada de la gente que en general los ignoraba. Uno de ellos, bastante gordo para mantener el equilibrio, intentaba demostrar sus habilidades como patinador, y a pesar de su voluminoso aspecto, lo conseguía casi a la perfección. Al parecer eso le producía una satisfacción especial, pues su rostro sudoroso y sonriente definitivamente transmitía gozo.

Pero René sólo aspiraba esa noche a una muchacha, mientras más joven mejor, se decía. Una de éstas que se estremecen ante el más insignificante roce, que tan pronto comienzan a sentir el aliento en el cuello, la lengua penetrando en el oído, las manos hurgando en los senos, salen huyendo.

De repente un vehículo de la policía rompió la armonía de la esquina, encendiendo las luces azules y rojas intermitentes, para detener a un carro convertible. El resplandor de las luces de la patrulla se integraba a la decoración de algunos comercios y hoteles cercanos que utilizaban los mismos colores. Otra víctima, se dijo René, otros clientes para los abogados de tránsi-

to, que son más fáciles de conseguir que, digamos, uno laboral. Más dinero para la ciudad de Miami Beach y desde luego para las compañías de seguro, pensó. Casi por instinto, o más bien por asociación, miró su reloj y comprobó que el tiempo en el parquímetro hacía rato debía haber terminado, pero como no tenía más monedas y estaba convencido de que ya le habían puesto la multa por time expired, no le dio importancia.

Si tenía alguna duda de que esa noche poseía connotaciones especiales —extraordinarias—, él mismo las disipó cuando decidió ir a caminar por la orilla de la playa. Casi nunca hacía eso porque no le gustaba que los zapatos se le ensuciaran. Al principio avanzó despacio, atento a cada una de sus pisadas, pero luego, tan pronto sintió la arena en los pies, olvidó todos los cuidados, y se puso a escudriñar los rincones, las empalizadas de madera, donde los amantes se refugiaban y a escondidas se hacían el amor. A pesar de la hora, algunos jóvenes todavía se lanzaban al mar, gritaban y reían vitales. Caminó hasta el final de la pasarela que se adentraba muchos metros sobre las aguas, observando de reojo a las escasas parejas. Desde allá atrás la playa era diferente. El resplandor de la ciudad encandilaba la vista. Se llevó la mano a la portañuela y bajó con cuidado el zíper. Comprobó que nadie se aproximara por el puente y se sacó el sexo, que comenzó a batuquear lentamente, sin prisa. Desplazaba la mano hacia delante, luego hacia atrás más rápido, y simultáneamente con el movimiento, dejaba que el dedo gordo de la mano, haciendo un giro circular, tocara el glande, hasta sentir escalofríos. Respiraba profundo, aspirando el aire sin abrir mucho la boca, lo que producía un sonido suave, como un silbido. Al poco rato, la soledad total del mar

y el sonido de las olas rompiendo quejas contra los soportes del puente, lo hicieron desistir, lo obligaron a salir huyendo.

Antes de marcharse del puente observó cuando el marine patrol, comenzaba a acosar a los bañistas por nadar tan tarde. Los potentes reflectores de la lancha costera penetraban en la arena y se podía ver con bastante claridad a los amantes desnudos o semidesnudos vistiéndose apresurados, escabulléndose. Como no se podían definir rostros, ni sexos, ni edades, la mezcla del efecto real y sobre todo del sugerido, lo excitaba y a la vez le causaba gracia a René, que no podía dejar de pensar en esas manos acariciándose, en esas bocas fundiéndose, en esos dedos explorándose.

Regresó a Ocean Drive aún más resuelto a llenarse con una de las mujeres que andaban por allí. Ya el bullo no se le marcaba, pero todavía se sentía lubricando. Caminó de nuevo a todo lo largo de la calle, apresuradamente, abriéndose paso entre la multitud que se le antojaba más numerosa, ahora llenando las terrazas, los portales, agrupándose en las esquinas. Se cruzó con una mujer, sin duda alguna era ella. Por primera vez la tenía cerca. Con la palma de la mano le rozó intencionalmente una nalga, pero ejerciendo cierta presión contra la carne. Hubiera deseado apretársela con todos los dedos, enterrarlos y agarrar la masa, pero no se atrevió a confrontarla de ese modo. Temía un escándalo. Ella se viró sin detener su andar, ni prestarle excesiva atención y continuó contoneándose, maniobrando sus altísimos tacones y ajustándose la cartera al hombro. Nancy, gritó, pensando que sería el nombre más apropiado, pero ella no se volteó; ni siquiera, cuando René hizo otro intento llamándola Nereida. A esa hora de la

noche la mujer se proyectaba más erótica, sin embargo no hizo nada por atraparla, no la persiguió por los portales, ni la tomó del brazo para decirle algo definitivo. No hizo el más mínimo intento por detenerla. Simplemente la dejó escapar.

Pasó una vez más frente a la barra, iluminada con luces azules y descubrió horrorizado a la alemana todavía contoneándose al compás de la misma música. Pensó en el desagradable olor que debía estar brotándole de las axilas y volvió sin proponérselo, a sentir rechazo, un asco profundo, por esos mismos pelos, que horas antes estuvo dispuesto a lamer con satisfacción.

Se encontraba ya muy cansado y hasta frustrado por su inexplicable actitud ante n. Sudaba a mares, se sentía sin fuerzas cuando comenzó a calcular la distancia que lo separaba de su carro estacionado al final de Ocean Drive. Unas cuatro cuadras a lo sumo. Mucho, se dijo, llevándose la mano a la portañuela, para con la punta de los dedos agarrar tela y testículo a la vez, y de un halón, mientras flexionaba una de las piernas, sentir las entrepiernas más libres, menos pegajosas y más cómodas. Simultáneamente descubrió a un adolescente observándolo extasiado, mirándole fijo a las entrepiernas. El muchacho levantó los ojos y le sonrió malicioso.

René recogió la multa que le aguardaba en el limpia-parabrisas y sin leerla, ya conocía de sobra el monto y la causa, la dobló y se la metió en el bolsillo de la camisa. El adolescente se encontraba ahora a unos pasos, junto al farol. Arrancó el carro, le dio unos pocos acelerones para que se calentara y comenzó a sentir como su sexo se expandía con rapidez. Estuvo seriamente tentado a estirar el brazo derecho, correr el cerrojo y dejar entrar al muchacho que de pronto se le antojó de una belleza

extraordinaria, y que ansioso aguardaba la oportunidad para poder meterse en el auto.

Al llegar a la casa después de conducir a exceso de velocidad por autopistas desoladas y calles poco iluminadas, donde no se veían ni siquiera los vagabundos de rigor, se dejó caer en la cama. Sin hacer mucho ruido se volteó, primero para contemplar, después para acariciar a su mujer que dormía profundamente, semidesnuda, atractiva y tentadora. Luego se levantó, se metió bajo la ducha, entibió el agua, y mientras se enjabonaba, comenzó a masturbarse.

ÍNDICE

A PROPÓSITO DE LA COLECCIÓN «MARIEL»	7
CUENTOS DE LAS TIERRAS DEL NORTE	9
Llegó Daniel	11
South Beach	18
La noche en el abismo	29
Concierto privado	37
Otra forma en el tiempo	45
Ritual	56
La presentación	63
El examen	70
La pared frente al flamboyán	84
Después del noticiero	88
Exilios	95
Viejos amigos	102
Manías de viejo	109
Sobrevivientes	114
Asignación	119
Online	138
CUENTOS DE LAS TIERRAS DEL SUR	153
El que espera	155
El hombre de lejos	166
El regreso	175
La familia se reúne	184

Fotos familiares	192
Todo un verano	199
Balseros	207
Sombras de una carta	219
Contratiempos	225
Tardaron bastante	235
Mandrake el Mago brilla en el Southwest	239
CUENTOS DE OTRAS TIERRAS POSIBLES	249
Un amor imposible	251
Ojalá no exista	259
A la carta	262
La otra cara de la luna	266
Encuentro	271
Una mujer	280
El « <i>laundry</i> »	288
Entrevista	298
Un retiro feliz	306
Ejercicio con árbol y atardecer	313
Tarde veintidós	318
Cita desde la infancia	325
Subasta del pasado	330

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN «MARIEL»

1. *Dile adiós a la Virgen* (novela), de José Abreu Felipe
2. *Al norte del infierno* (novela), de Miguel Correa
3. *La travesía secreta* (novela), de Carlos Victoria
4. *Este viento de Cuaresma* (novela), de Roberto Varelo
5. *Miami en brumas* (novela), de Nicolás Abreu Felipe
6. *Curso para estafar y otras historias* (cuento), de Leandro Eduardo (Eddy) Campa
7. *Del lado de la memoria* (cuento), de Luis de la Paz
8. *Impresiones en el viento* (cuento), de Rolando Morelli
9. *La loma del Ángel* (novela), de Reinaldo Arenas
10. *Boarding Home* (novela), de Guillermo Rosales
11. *El gen de Dios* (novela), de Juan Abreu

